

damentales de nuestra Religion, que está fundada en la Cruz, y en las humillaciones de Jesu-Christo. La gran consecuencia que de aqui se infiere pide toda la eficacia de mi zelo, y toda la reflexion de vuestros espiritus, después que hayamos implorado el socorro del Cielo por la intercesion de Maria, diciendola AVE MARIA.

Quién hubiera creído, que Jesu-Christo destinado por Dios para Redentor del mundo, habia de ser un escándalo para el mundo mismo? No obstante Christianos, ello es muy cierto, y este es el desorden que ahora pretendo combatir. Y para manifestaros desde luego mi designio, asiento dos proposiciones que dividirán este discurso, y os harán ver á un mismo tiempo la culpa y funesta desdicha que causa este escándalo que nos figuramos y tenemos, de los abatimientos de un Dios Salvador y de su Cruz; porque yo propongo, que considerado este escándalo en su objeto, y con respeto á Dios, nada hay mas culpable, ni mas injurioso: y añado, que mirandole en sus consecuencias, y con respeto al hombre, nada hay mas funesto ni pernicioso. Hoy intento declararos estas dos verdades, y no tengo por difícil el que quedeis convencidos de su certeza. Ellas son capaces de arraygarse fuertemente en vuestros corazones, pues por poco que comprehendais lo que es Dios, y lo que se le debe, conoceréis facilmente quanta es la injusticia del hombre, que quiere con temeridad tener parte en los consejos de la sabiduría divina; y siendo como son las humillaciones y Cruz del Salvador el motivo mas poderoso para unirse y estrecharse con él, de esto mismo toma ocasion por su perversidad para separarse de él y abandonarle. Y aun digo mas, para prueba de la impresion que estas verdades pueden haceros; por poco interés que mostréis tener en lo que mas os importa, que es vuestra salvacion, no podreis menos de tenerle muy grande, y conmoveros, si considerais el espantoso riesgo á que os expone el escándalo de que voy á hablar, y aprenderéis á preservaros de él. Yo sé muy bien á qué auditorio hablo; pero tambien sé, que aun en el auditorio mas christiano hay algunos, cuya fé está débil y poco firme; y hay

hay tambien algunos que quieren discurrir sobre estos puntos de Religion, aunque sus discursos no producen otro efecto que confundirlos. Y por último hay otros, que siendo Christianos en la apariencia, en su interior son incrédulos y libertinos. Todas estas razones os harán evidente que este es un asunto general que conviene á todos. Supuesto esto, vuelvo á mi discurso, y digo en dos palabras; Dios se ofende del escándalo que toma el hombre por los abatimientos y Cruz de Jesu-Christo: esta es la primera parte. El hombre se pierde por ese escándalo que toma de las humillaciones y de la Cruz: esta es la segunda. Os pido que apliqueis toda vuestra atencion á estas dos verdades. Este es un punto muy proporcionado para el presente tiempo, porque son unos dias de diversion, en que parece que el mundo insulta al Evangelio, y que el libertinage trata con mas desprecio los mysterios de Dios, para adquirir derecho de no admitir la estrecha y sana doctrina, cuyos sólidos fundamentos son estos mismos sagrados mysterios. Empezemos.

PARTE PRIMERA.

Yá lo he dicho, y es mi primera proposición, cuya verdad facilmente conoceréis, que escandalizarse de la Religion Christiana, y desmayar porque está fundada sobre los desprecios de la Cruz, y sobre los abatimientos de Jesu-Christo, es el escándalo mas injurioso para Dios; y es la razon, porque este escándalo ofende su grandeza, agravia su bondad, y ultraja su sabiduría. Estas tres pruebas os convencerán, y os las voy á manifestar.

Hablando generalmente, es insultar la soberanía del ser de Dios, intentar (sea del modo que fuere) censurar su conducta y su providencia. Aun quando Dios hubiera hecho algunas cosas que repugnasen á nuestra razon, desde el punto que la Fé nos la representa con todos aquellos grandes fundamentos en que estriva, debemos condenar nuestra razon como ciega y temeraria, lexos de hacer uso de ella para censurar las obras de Dios. Hermanos míos, decia San Agustín, demosle á Dios por lo menos la ventaja

de que pueda hacer alguna cosa que nosotros no podamos comprehender: *Domus Deum aliquid posse, quod nos fateamur investigare non posse*. Pues bien considerado, no es atribuirle mucho, ni pedir que se le conceda demasiado: pero no obstante, aun esto poco todos los dias se lo negamos; porque quanto Dios hace que no sea conforme con nuestros sentidos, lo censuramos; y la razon que para ello tenemos, es porque no llegamos á entenderlo: *Et ipsi nihil horum intellexerunt*. Pero si esto es generalmente cierto en todas las obras de Dios, mucho mas lo es en la grande obra de la Redencion, que segun la expresion del Profeta, es por excelencia la obra de Dios; en aquella que es el compendio de todas las maravillas, el fin de todos los divinos consejos, y el mayor prodigio de la gracia; en aquella, en que Dios hizo servir sus abatimientos y sus mas profundas humillaciones, para que brillase mas su gloria; en aquella obra, en fin, de que no solamente fue Autor, sino en la que como Redentor nuestro tuvo la principal parte, executandose en su persona sobre la Cruz. ¿No es cosa repugnante é indigna, que el hombre quiera discurrir segun sus ideas, en un tan elevado mysterio, y que ofendiendose de él, porque no lo alcanza su razon, se ofenda y escandalice del mismo Dios?

Pero sin embargo, este el desorden en que caemos, y casi me parece que es el mismo que los Padres de la Iglesia reprehendian á los Paganos. ¿Sabeis en que consistia el desorden que los Paganos de Roma tenian en lo tocante á su Religion? Tertuliano lo observó en su Apologia; y era, que los Romanos, con un orgullo intolerable, en lugar de estar subordinados á sus Dioses, querian ser los Jueces y Censores de las mismas deidades. Se deliberaba en pleno Senado, si era conveniente ó no colocar un Dios en el Capitolio; y segun las inclinaciones y dictámenes diferentes, aquel Dios era admitido, ó desechado. Si agradaba á los Jueces que en este punto habian de decidir, se contaba desde luego en el numero de los Dioses; pero si le faltaba esta aprobacion legitima, se le despreciaba con ignominia; de suerte, añade el mismo Tertuliano,

que

que si estos tales Dioses pretendientes no eran del gusto de los hombres, dexaban de ser Dioses: *Nisi homini Deus placuerit, Deus non erit*. ¿No es esta la mayor ceguedad á que pueden llegar los hombres?

Christianos, no lleveis á mal si os digo, que esta misma ceguedad reyna todavia en el mundo, y lo mas sensible y digno de llorar es, que no reyna solo en los Paganos, sino en medio de la Christiandad, en donde se hallan hombres (si me es licito decirlo así) que no gustan de su Dios; hombres que no llevan á bien, que este Señor se haya echo lo que es, ni haya sido lo que quiso ser. Se ofenden de que se hiciese hombre, y de que como tal quisiese padecer y anonadarse. Querrian que nunca se le pudiese ver ni considerar sino con todo su esplendor y grandezas; y si alcanzára á ello su poder, harian otro Dios muy diverso del que tenemos; porque esta es la idea, ó por mejor decir, la presuncion de los que en el mundo se llaman espíritus fuertes, que son los libertinos, los sensuales, los ambiciosos; y todos los que siguen las leyes del mundo hasta las mugeres mismas que viven segun ellas: porque cuántas vemos, que pervertidas por los blandos deleytes de los sentidos, y enagenadas, y como fuera de sí por la vanidad de su espíritu, llegan hasta este extremo?

Con efecto, hermanos míos (concluye San Hilario, dirigiendo su discurso á estos mentidos sabios) forzoso es, pensando así, que nuestro orgullo haya llegado á quanto puede llegar; y si nos fuera dado llegar hasta el Cielo á corregir los movimientos de los astros, y darle al Sol otra carrera, pienso que emprenderiamos hacerlo, y que nada quedaria por mudar en naturaleza: *Si liceret, & corpora, & manus in caelum levaremus*. Así se explicaba este grande Obispo. Pero lo que no pueden nuestros cuerpos, porque su peso los tira ácia la tierra, lo hace nuestro espíritu; se remonta, no solamente hasta el Cielo, sino mas allá; y no contento con emprender enmendar las obras del Señor, pretende corregir al mismo Criador, ya discurriendo sobre sus mysterios, ya ofendiendose por el obscuro y humilde estado á que por nosotros se reduxo. Marcion,

cion, que entre todos los Heresiarcas se declaró mas abiertamente contra los abatimientos del Hijo de Dios, oponia una razon harto espaciosa á primera vista. Si yo me escandalizo (decia) de las humillaciones y penalidades de un Hombre Dios, es por su mismo interés y honor: y si no puedo tolerar que la Magestad de Dios se haya envilecido hasta llegar á morir en una Cruz, mi escándalo no puede ser culpable, porque procede de un buen zelo. Este zelo (le respondia Tertuliano) es engañoso y falso. ¿Por ventura te ha hecho Dios á tí tutor de su divinidad? ¿Necesita de tu zelo, y del interés que por su gloria tomas? No te toca, Marcion (proseguia aquel ardiente defensor de la Pasion, y de los abatimientos del Hijo de Dios: no te toca á tí hacer semejantes discursos; lo que te toca es, reconocer á tu Dios en cada uno de aquellos estados en que ha querido manifestarse: no menos en el pesebre, que en el Tabor; no menos en la Cruz, sufriendo ignominias, que en el trono de su gloria; porque tan perfectamente es Dios en un estado como en otro; y por consiguiente, es igualmente grande en todos ellos: y es un error decir, como decis, que mientras sufría debía dexar de ser Dios; porque nunca hay peligro de que Dios cayga en alguna manera de su grandeza, ni degenera de su estado: *Nec potes dicere; si passus esset, Deus esse desisset: Deo enim nullum est periculum status sui.* Yo Christianos, os digo lo mismo: no os corresponde á vosotros filosofar y discurrir sobre los abatimientos y la Cruz de vuestro Salvador; á vosotros solo os pertenece adorar á vuestro Redentor hasta en sus humillaciones y su Cruz, porque sus mismos abatimientos merecen vuestro culto: y muy lexos de que la Cruz haya envilecido su divina persona, le ha comunicado esta á la Cruz el que haya venido á ser digna de todos vuestros respetos y veneraciones. A vosotros os toca adorar de este modo á vuestro Salvador, y someteros á la revelacion que se nos hizo de este misterio; porque (como decia San Ambrosio, escribiendo al Emperador Valentiniano) en las cosas de Dios; á quién creé yo, sino al mismo Dios: *Cui enim magis de Deo, quam Deo credam?* Dios me dice que na-

naoó niño, en este estado le adoraré: Dios me enseña que padeció en una Cruz, yo le adoraré en la misma Cruz; y aunque me parezca que en la Cruz es un Dios menos grande que en el Cielo, su Cruz me será igualmente respetable que el Cielo mismo; y tendré mas placer y complacencia en adorarle crucificado, que en venerarle glorioso; porque adorandole crucificado, le haré mayor sacrificio de mi razon, que quando le adore sentado á la diestra de su Eterno Padre rodeado de los resplandores de sus Santos.

Asi debe hablar un Christiano; y si no hablamos de esta manera, digo que es un escándalo que directamente ofende la grandeza de Dios; y aun añado, que agravia mucho mas á su misericordia: siendo este otro nuevo ultrage, cuya injusticia se echa de ver á primera vista. Porque bien reflexionado, ¿qué cosa hay mas repugnante, que escandalizarnos de los mismos beneficios de nuestro Dios, y que su infinita é incomprehensible bondad para con nosotros sea el motivo de revelarnos contra este Señor? ¿Qué es lo que nos disgusta en la Religion que profesamos ó debemos profesar? Lo mismo en que Dios nos ha dado á conocer mas sensiblemente su amor; pues todos estos misterios de un Dios Hombre, de un Dios humillado, de un Dios perseguido, y de un Dios espirando, se comprehenden y se contienen en esta grande expresion del Evangelio *Sic Deus dilexit mundum.* De esta manera amó Dios el mundo. Por poco que el hombre hiciere uso de su razon, al ver que estos misterios le eran tan utiles, y ta llenos de caridad, abrazaria con gusto y complacencia todo lo que le persuade la verdad de ellos; y como la Fé le suministra convincentes testimonios, gustaria de esta fé, y no tendria mas dulce consuelo que afirmarse solidamente en ella. ¿Pero qué es lo que hace? Todo lo contrario: pues preocupado de su misma perversion y desordenes, se rebela contra esta fé; y sin exáminar con seriedad si lo que propone es verdadero ó falso, se escandaliza, sin querer dar oídos á nada; y en lugar de decir: Yo debo corresponder á Dios fielmente por tan grandes cosas como ha obrado para mi bien, dice: No es creible que mi Dios se

haya interesado por mí con tanto exceso. De que se sigue, que debiendo en fuerza de aquella verdad , corresponder con un amor recíproco y fiel á Jesu-Christo su Redentor; tiene un corazón endurecido , y mira con una monstruosa ingratitud todo lo que conduce á su redención; porque no acomoda ni dice bien con sus sentidos el medio que Jesu-Christo escogió para salvarle.

Este desorden lloraba San Gregorio Papa con estas bellas expresiones en la Homilia sexta sobre los Evangelios: *Inde homo aduersus Salvatorem scandalum sumpsit, unde ei magis debitor esse debuit.* ¡Ay hermanos míos, que trastorno tan general! El hombre ha tomado por asunto de escándalo contra su Dios lo mismo que debía unirle mas estrechamente á su Criador: porque es evidente, que si alguna cosa en el mundo había de ser capaz de unirme estrechamente con Dios, y de inflamarme con gran fervor para que no hubiese cosa que no hiciese y padeciese por él, no había de ser otra sino esta reflexión: Dios se ha anonadado, y ha padecido la muerte por mi bien. Observad los frutos maravillosos de gracia que este pensamiento ha producido en los Santos, los milagros de virtud, las conversiones heroicas, y las renunciaciones del mundo, los fervores de penitencia, y las disposiciones generosas para el martirio; porque la vista de un Dios Hombre, y de un Dios que para salvar al hombre se ofreció en sacrificio, ha causado estos prodigiosos efectos. Esto era lo que se apoderaba de aquellos corazones, lo que los atraía, y lo que los mudaba enteramente: y hoy vemos, Christianos, por desgracia nuestra, que esto mismo es lo que causa nuestro escándalo, y que este escándalo nos tiene en una vida desanimada, impura y desordenada; que es decir, en una vida en que nada hacemos por Dios, y en la que permanecemos con obstinación muy apartados de Dios. Pues no será menester otra cosa para destruir en nosotros este escándalo, y para justificar y arraygar en nosotros la Fé que le contradice, sino considerar, que esta Fé es la que nos santifica, y aquel escándalo el que nos pervierte; que esta fé de la muerte de un Dios es la que induce al

exc-

ejercicio de todas las virtudes, y aquel escándalo de la muerte de un Dios es el que llega á sumergirnos en el abismo del pecado. ¿No debería esto solo reprimir y contener todos los escandalos de nuestro espíritu en punto de Religion?

Ea hermanos míos (vuelvo á decir con Tertuliano) yo os ruego, que no os escandalizéis de lo que ha sido causa esencial de vuestra felicidad. Estas eran las palabras y expresiones de este grande ingenio. Escandalizaos si quereis de todo lo demás pero exceptuad siempre la persona de vuestro Salvador; exceptuad su Cruz; exceptuadla, porque ella es la que os ha dado la vida, y es la esperanza de todo el mundo: *Parce obsecro, parce huic spei totius orbis.* Si fueran los Angeles los que se ofendieran, y los que se escandalizaran, sería en alguna manera tolerable; porque Jesu-Christo no ha padecido por ellos: pero que os escandalizéis vosotros, por quienes este Salvador vino al mundo, y por quienes quiso morir, es un escándalo que debe sublevar contra vosotros todas las criaturas. Y no me digais, decía Tertuliano, que la humildad de la Cruz era indigna de un Dios, porque ella ha sido util para vuestra salvacion; y es cosa clara, que mirandola como util para vuestra salvacion, es forzoso mirarla como digna de Dios; porque nada hay mas digno de este Señor, que la salvacion del hombre: *Nihil tam dignum Deo, quam hominis salus.* No me digais tampoco, que la muerte es un oprobio, y que no debía ser elegida por Dios; porque lo que vosotros llamais oprobio de mi Dios ha sido la curacion de mis males, y el sacramento de mi reconciliacion: *Totum Dei mei dedecus, sacramentum fuit meæ salutis.* Por lo que era menester que yo fuese muy ingrato y desconocido para mirar con desprecio este oprobio que tantas gracias y beneficios me ha traído; y que por consiguiente es tan digna de mi amor y mi respeto. No obstante, vemos en el dia con el mayor dolor, que hay hombres de este carácter: hombres que así piensan; y hombres á quienes todos los efectos de la bondad de su Dios no bastan á mover, si no están dispuestos y ordenados conforme á sus ideas. Ellos no se conten-

li 2

tan

tan con que Dios les haya amado, sino que quieren que los haya amado con aquel orden y concierto que ellos se figuran, y tienen por mas conveniente; prontos siempre, si no es así, á escandalizarse, hasta de su mismo amor. Así se verifica que siguiendo sus ideas y sus dictámenes, todo este misterio de humillacion y de abatimiento en que está fundada la Religion Christiana, les parece una locura. Y este error es el que yo pretendo combatir, procurando hacer ver que este misterio es el misterio de la sabidaria misma de Dios: y que por esto, que le escandalizarse de este misterio es tanto mas injurioso á Dios, quanto mas directamente se opone á los admirables consejos de su sabiduria.

Porque ¿á qué está reducido el escándalo de estos espíritus que el mundo llama fuertes, en punto de los abatimientos y muerte de Jesu-Christo, y de la Redencion del hombre? Ellos no pueden persuadirse á que un Dios se haya abatido y humillado de esta manera; pero yo digo, que nada convenia mas que esto al encargo que tenia el Salvador, porque el Redentor vino á la tierra con el fin de satisfacer á Dios por los hombres: y la satisfaccion de una ofensa lleva consigo la humillacion y abatimiento de aquel que satisface. ¿No sucede esto mismo en el orden natural? Si, pero no les agrada que el Hijo de Dios haya establecido en su Religion unas máximas tan rigorosas como el aborrecerse á sí mismo, desprenderse de lo que li-songea mas sus propias inclinaciones, y tratarse con severidad y dureza. ¿Pero debia, dice San Gerónimo, publicar otras máximas, estableciendo una Religion de hombres que debian conocerse reos y pecadores? Porque bien mirado ¿qué cosa hay mas conveniente para el pecado que la penitencia? ¿Y qué cosa hay mas conforme con la penitencia, que el rigor y la austeridad para consigo mismo? ¿La razon sola no autoriza esta conducta? Ellos se admiran de que Jesu-Christo haya canonzado la pobreza como una bienaventuranza; que haya propuesto la Cruz á los hombres como un atractivo para que le sigan, y que haya antepuesto el amor del propio desprecio á todos los honores del siglo; y yo admiro en todo esto la profundidad de

sus consejos: porque ¿qué cosa podia elegir mejor, quando trataba de salvar el mundo reformandole, que combatir para su reforma la concupiscencia, la sensualidad, y el orgullo del mundo?

Pero replican ellos: ¿qué necesidad habia de que este Medico de las almas tomase los remedios que eran precisos para sanar nuestras enfermedades? ¿Habia necesidad de que él sufriese, y se abatiese de este modo? Si Christianos, todo esto era menester, para que su exemplo nos moviera, y para que nosotros mismos usáramos de estos remedios. Sin este exemplo que los suaviza y dulcifica, ¿hubieramos podido nosotros tolerar su amargura? Si hubiera tomado para sí dulzuras y comodidades, y nos hubiera dexado los trabajos y la Cruz, ¿qué hubieramos discurrido de esta distribucion? En el designio que tenia de dar honor y credito á la pobreza y humildad, á que el mundo tenia tanto horror, ¿de qué medio mas eficaz podia valerse que de el de consagrarlas en su persona? Y esto (como excelentemente lo expresa San Agustin) para que la humildad del hombre, que es débil por sí misma, encontrase en la humildad de su Dios motivos para sostenerse, y para defenderse contra los ataques del orgullo: *Ut saluberrima humilitas humana, contra insultantem sibi superbiam divine humilitatis patrocinio fulciretur*. Pero veo que me direis, aun despues de tantos convencimientos y pruebas, que no obstante todas ellas, son muy pocos los que gustan y siguen estas máximas: á lo que os responderé, que no se intenta saber si hay pocos ó muchos á quienes agraden, sino declarar el designio é intencion que tuvo Jesu-Christo, quando las propuso al mundo. Y si es verdad que hay pocos á quienes gusten y agraden, tambien puede decirse que son pocos los elegidos y predestinados; y que no es necesario que haya mas número de estos que de los otros: pues para que tengan su efecto estos profundos secretos de Dios, basta que sean tantos los que imiten estas máximas, como han de ser los hombres escogidos y destinados para el Cielo.

Pero sea como fuere, prosigue San Agustin, esta es la conducta que tuvo el Hijo de Dios. El hizo que su Cruz

fuera el medio de corregir nuestras costumbres depravadas y corrompidas; y porque este medio era inaudito, y el mundo se escandalizaba de él, le ha sostenido á fuerza de milagros, habiendose adquirido por la autoridad de ellos la fé de los Pueblos, y así ha formado una Iglesia numerosa, cuya propagacion ha tenido el testimonio de la tradicion y de la antigüedad, fortificando y conservando por estos medios su Religión, de manera que ni el Paganismo, ni las heregias la harán titubear en tiempo alguno: *Miraculis conciliarum auctoritatem, auctoritate meruit fidem, fide enurruvit multitudinem, multitudine obtinuit vetustatem, vetustate roboravit Religionem.* Así habla este Santo Doctor en el libro de la utilidad de la fe. Pero si quereis, yo os diré porque nos escandalizámos de la Cruz de nuestro Dios. Ella nos disgusta, y nos escandaliza, solo porque es el remedio de todos nuestros males: esto es lo que nos ofende é incomoda, pues nosotros no queremos remedio á nuestras dolencias, porque nos hallamos bien con ellas, y bien lexos de descartarlas, buscamos medios para conservarlas y aumentarlas. El Hijo de Dios vino al mundo para decimos que era preciso sanar de tantas enfermedades como teniamos envejecidas en nuestras almas, y esto es lo que nos desagrada: Si nos hubiera dicho otras cosas, le hubieramos oido, y las hubieramos admitido. Si nos hubieran propuesto las fabulas del Paganismo, las hubieramos adoptado; pero como nos reveló unos mysterios que se dirigen á la reforma de nuestra vida, y á la destruccion y ruina de nuestras pasiones, por esto nos hemos opuesto y disgustado, haciendonos semejantes á una especie de frenéticos, que con furor se vuelven contra aquellos que se empuñan por caridad en asistilos. Y esto es, continúa San Agustín, lo que los hombres executan con nuestro Dios; porque pretendió, humillandose, abatir la altivez de los soberbios, en vez de ser adorado, y reverenciado por ellos, ha venido á serles un objeto de contradiccion; como si no le bastára al hombre estar malo, sino que tambien se hubiese de gloriar de sus propios males, y repugnar que se le cure de ellos. Si un Grande del mundo oye hablar de un Dios niño, y de un

Dios

Dios reclinado en un pesebre, en el momento se turba; no porque encuentre dificultad en el mysterio; pues ni piensa, ni se para en él, y aun puede ser que jamás le haya examinado; sino porque este mysterio condena todos los projectos de su ambicion, y todos los designios injustos y pecaminosos que tiene formados para adelantar á toda costa su fortuna. Si una muger del siglo oye hablar de un Dios que padece, todo dolorido y llagado, no lo podrá llevar su corazon; no por la imposibilidad que en esto considera, pues ninguna encuentra; sino porque un Dios en este estado, es una clara reprehension de su delicadeza, de su amor propio, y del esmero que pone en su persona. Y si quereis una prueba evidente de esta verdad, proponed á uno y á otra el mysterio de un Dios en tres personas: que aun es mas incomprehensible que el de un Dios humillado, y vereis como lo oyen y reciben mejor; y es la razon, porque este mysterio de la Trinidad no trahé consigo consecuencia alguna inmediatamente contraria á la ambicion de uno, ni al luxo y vanidades de la otra.

No busquemos, pues, el verdadero origen de nuestros escándalos, sino en nosotros mismos, en nuestras culpables inclinaciones, en nuestros desordenes, y en nuestros vicios. Por este principio debiamos juzgar de la qualidad de este escándalo, pues no procede sino de nuestra iniquidad, ni se forma en nosotros sino á proporcion que nuestras costumbres se pervierten y corrompen. ¡Ah! Señores; yo no me admiro de que el mundo haya combatido tanto vuestra ley, ni de que tanto haya perseguido vuestra santísima Persona; porque habiendo llegado á tal punto de disolucion y desorden, no podrá menos de tratáros de esta suerte; y sería maravilla que siguiendo principios tan contrarios á vuestras maximas, no se escandalizase de ellas. Este escándalo, Señor, es una señal evidente de su corrupcion, y de vuestra santidad. Si Vos no hubierais sido tan santo, ó él no fuera tan vicioso; no se escandalizaria de Vos; pero stupeta vuestra santidad y sus desordenes, era necesario que padeciese este escándalo. Y vosotros, amados oyentes míos, bien veis quan injurioso es á Dios este

es-

escándalo de las humillaciones y de la Cruz de Jesu-Christo. Ahora voy á manifestaros, que no es menos pernicioso al hombre, principalmente al Christiano: Esta es la segunda parte.

PARTE SEGUNDA.

Si se consideran las cosas segun el orden de la Providencia, y segun la conducta ordinaria de Dios, yá sea en la disposicion, yá en el cumplimiento y execucion de la salvacion de los hombres, se puede decir con verdad, que el motivo que han tenido casi todos los réprobos para condeñarse, ha sido el escándalo de las humillaciones y de la Cruz del Hijo de Dios. Este origen tuvo la apostasia de los Angeles segun San Juan Chrysostomo; porque como dice este Padre, en el momento que crió Dios estos celestiales Espiritus, les propuso el gran mysterio de la redencion y salvacion, que con el tiempo se habia de verificar en la persona de su Hijo, y les obligó á que adoraran á este Redentor: *Et adorent eum omnes Angeli Dei*. Los unos obedecieron con respeto, y le adoraron, y estos fueron los Angeles predestinados: y los otros se escandalizaron de este mysterio, por soberbia y orgullo: y en castigo de su desobediencia los precipitó Dios á un eterno abysmo. Este fue tambien (segun la opinion de todos los Padres) el funesto motivo de la reprobacion de los Judios. Ellos esperaban un Mesías rico, poderoso, magnifico, enyado de Dios para restablecer con sus conquistas el Reyno de Israel; y se prometian lograr por este medio todo genero de prosperidad: pero como vieron á Jesu-Christo en una pobreza, y necesidad tan grande, que de todo carecia; como le vieron debil, y humilde, desconocido, condenado á muerte, y muerte de Cruz, lo despreciaron; y á este escándalo se siguió su infidelidad; esta causó su obstinacion, y esta irritó á Dios para que los abandonase; siendo los efectos de este abandono la destruccion de su Ciudad, la profanacion de su Templo, y la ruina entera de toda su nacion. Esta es tambien la causa decia San Geronymo, y la ex-

experiencia nos lo enseña) de que los Paganos sean indóciles y rebeldes á la luz del Euaugelio, quando les anunciamos nuestra santa ley. Si ellos pudieran vencer este escándalo de un Dios crucificado, serian tan fieles como nosotros; pero como su razon está preocupada, permanecen desventuradamente en las tinieblas de la idolatria, y en la esclavitud del infierno.

Pero dexemos á los Judios y Paganos, y hablemos de nosotros mismos. Esta es, hermanos mios, la tentacion mas sutil é igeniosa, contra que un Christiano debe precaverse, y ordinariamente se precabe menos. Esta es la que le pone a un peligro muy evidente de perderse, por tres grandes razones que os ruego mediteis, y graveis bien en lo interior de vuestros corazones. La primera es, porque este escándalo de las humillaciones y de la Cruz de un Dios, es esencialmente opuesto á la profesion de fé que debe hacer todo Christiano. La segunda es, porque este escándalo es un obstáculo continuo para todas las obligaciones y exercicios de la Religion de un Christiano. Y la tercera, porque este escándalo es el principio general é indefectible de todos los particulares desordenes de la vida de un Christiano. ¡O si tuviera yo, Dios mio, el zelo de vuestro Apostol, para tratar tan dignamente, y con tanto fervor como el estas verdades!

Digo pues, que esta tentacion, ó este escándalo es esencialmente opuesto á la profesion de fé que debe hacer todo Christiano; y ved una prueba de ello, que no admito réplica. La fé de un Christiano, y la profesion que de ella hace, ha de llegar hasta gloriarse de las humillaciones y trabajos de Jesu-Christo; pues no cumpla, ni es bastante para mí el creerlas, sino que es forzoso que diga sinceramente como San Pablo: *Absit mihi gloriari, nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi*. (a) Sin esto no hay para mí medio alguno de salvarme; porque Dios, dice S. n. Agustin: ha unido mi salvacion á la Cruz de su Hijo: y no á la Cruz despreciada, abatida, y mirada con horror, sino á

Tom. V. Dominicas.

Kk

la

(a) Gal. 6. v. 14.

la Cruz respetada con toda sumision de la fé, y abrazada con todo el fervor de una piedad santa, y de una caridad fervorosa. Pues es muy justo, añade este Santo Doctor, que siendo la Cruz la que ha de salvar, sea con la condicion de que á lo menos haya de esperar, y tener en ella toda mi gloria. ¿Cómo podré yo gloriarme con la Cruz, si me sirve interiormente de escándalo? Y habeis de advertir, que quando digo la Cruz del Salvador, no se entiendo solamente la Cruz exterior y material, que fue instrumento de su suplicio, y vemos colocada en nuestros Altares; porque puede muy bien acontecer, que por un habito de Religion, y por sola costumbre, demos á esta todo honor, sin escandalizarnos de modo alguno. Debe entenderse, pues, la Cruz interior con que el Hijo de Dios fue afligido en lo interior de su Alma, y de la qual participamos nosotros todos los dias por medio de las injurias, de las adversidades, y demas desgracias de la vida, como la pérdida de nuestros bienes, el desprecio de nuestras personas, y las persecuciones que sufrimos; porque segun el language del Evangelio, y el de San Pablo, todo esto está precisamente significado en la Cruz; y si nuestra profesion de la fé es completa y entera, es indispensablemente necesario que incluya la estimacion y amor de estas aflicciones, quando en el mas tierno y afectuoso, pero sólido, y que se dirige en todo por la razon. ¿Y este amor y estimacion, Christianos, podrá componerse bien con el escándalo que me he propuesto combatir?

Por eso, amados oyentes míos, quando veo á los Christianos postrarse ante una Cruz, estoy persuadido, sin hacer juicio temerario, á que la mayor parte no executan esta accion sino por pura ceremonia; y Dios quiera que no vaya acompañada de hyproesia. Porque al mismo tiempo que adoran la Cruz en su figura, tienen para con ella en sí misma un desvío, y un oculto desprecio, que destruye y aniquila todo ese culto de adoracion. En efecto, la adoracion de la Cruz no es acto de Religion y profesion de nuestra fé, si no vá acompañada con una veneracion interior: y lo que pondera altamente San Agustin en elogio

de

de la Cruz, diciendo que tuvo virtud y fuerza para elevarse desde el infame lugar de los suplicios, hasta colocarse sobre la frente de los Emperadores: *A locis suppliciorum ad frontes Imperatorum*, seria solo una expresion pomposa, y nada mas, si desde la frente de los Emperadores en que está colocada, no pasase hasta el corazon de los fieles. Y es imposible que esta impresion se haga en nuestro corazon, mientras reyne en él el horror á los trabajos y humillaciones de Jesus; porque nada es mas incompatible con el respeto y amor de la Cruz que esta oposicion á las verdaderas Cruces que Dios nos envía. De lo que infero, que este es un escándalo que llega á destruir nuestra fé.

Por esta misma razon (y esta segunda verdad que propuse es una consecuencia precisa de la primera, que servirá para aclararla) es forzoso decir, que este escándalo, entendido del modo que acabais de oír, es un continuo obstáculo al desempeño de todas las obligaciones christianas. Esta verdad me parece tambien evidente: porque todas las obligaciones de la vida christiana, segun el plan que nos dá el Evangelio, consisten en abortecerse á sí mismo, en crucificar la carne, en destruir el orgullo, en abstenerse de los placeres, y en renunciar á las riquezas y sin esto no podemos, rigurosamente hablando, satisfacer y cumplir con los preceptos de la ley; pues á todo esto se pone el escándalo de la Cruz del Hijo de Dios. Y si no, despues de haber recibido una injuria, en lugar de ahogar aquel resentimiento, y hacer á Dios de él un sacrificio, ¿qué hace el escándalo de la Cruz apoderado de nuestro espíritu, sino persuadirnos que aquel acto de caridad es á los ojos del mundo una estravagancia necia que no se puede defender, que es justo mantener cada uno su derecho, que es forzoso conservar la distincion de su estado, y que el honor es una alhaja que no puede enagenarse, sino que de él cada uno es responsable á sí mismo, sin que pueda renunciarlo sin perderlo? Si yo diera una veneracion sencilla y justa á la paciencia de mi Salvador en sus persecuciones y en su Cruz, incurriría de otro modo muy diverso. Yo recibiria las injurias sin alfearme, las olvidaria sin

Kk 2

tra-

trabajo, las perdonaria con gusto, y volveria bien por mal, y me tendria por feliz en ceder á las pretensiones de los otros. Todo esto lo practicaria facilmente, si estuviera prevenido y animado con la consideracion de que todo ello me era ventajoso y de grande honor, despues del exemplo de mi Dios: pero si me dexo dominar del escándalo de este exemplo, qualquiera ofensa me llega á lo mas vivo, me niego con inflexibilidad al perdon, adquiero un corazon duro y cruel para con mis enemigos, sin poder amarlos ni verlos, porque me falta el motivo que me obligue á reunirme con ellos, y me facilite la reconciliacion.

Lo mismo sucede si se trata de vencer un humano respeto que impide dar á Dios el culto que se le debe. Este escándalo de la Cruz y de las humillaciones de ella no dexa de sugerirnos, y presentarnos mil pretextos que nos detienen, ni cesa de dictarnos interiormente, que es forzoso vivir en el mundo como todos viven; que es preciso acomodarse cada uno su Religion á su estado; que es menester evitar toda distincion y singularidad; que Dios conoce las disposiciones y designios del corazon, y que á nadie le pide que dé ocasion para que hablen de él, ni dé á las gentes ocasion ó motivo de burla y escarnio. Si yo no me escandalizara de Jesu-Christo, no me escandalizara de sus oprobios, ni de sus abatimientos; y no escandalizandome de sus ignominias, tampoco me escandalizaria de las mias. Yo las sufriria con alegría y tranquilidad, sin que nada pudiera alterarme ó turbarme, porque diria allá en mi interior: Que me satyrizen y hablen de mí, que se enfaden porque me ven practicar este exercicio de piedad, ó que se disgusten porque me ven asistir con frecuencia al sacrificio del Altar, y acercarme á la santa Mesa de la Eucharistia, nada puede incomodarme, porque si se mofan de mí, yo alabaré al Señor, y juzgaré que en su presencia es meritorio, y aun glorioso, sufrir por él algunas burlas, habiendo él sufrido por mí tantas contumelias y oprobios. Esto diria, y de este modo me posturaria en todos los lances, y en todo lo que mira á cumplir con las obligaciones de Christiano. Pero al contrario me sucede, pues

como me escandalizo de Jesu-Christo y de su Cruz, no hay cosa que yo quiera sufrir, no hay pelea en que no me rinda, no hay obligacion de que no me corra, y en nada guardo la fidelidad que pide mi profesion. Asi, no hay exceso á que yo no esté dispuesto á entregarme, ni desorden en que no pueda caer.

Porque este escándalo, cuyas funestas consecuencias os manifesto, es sin disputa el principio universal de todos los desordenes particulares que reynan en la Christianidad. Esta es la tercera y ultima verdad; y se convence, porque si hay Christianos aváros, es porque se escandalizan de la pobreza de Jesu-Christo; si hay ambiciosos, es porque se escandalizan de la humildad de Jesu-Christo; si hay carnales y disolutos, es porque tienen horror á la vida austera y mortificada del Redentor: y en fin, no hay vicio sobre que no se pueda discurrir así. Si quitáramos este escándalo, y lo desterráramos de la Christianidad, desterrariamos de ella todos los vicios, y daríamos acogida á todas las virtudes. Yo sé muy bien, que un Christiano puede algunas veces, y en ciertas ocasiones tendirse á alguna pasion, ya sea de interés, ya de ambicion, ó ya de placer, venerando no obstante en la persona del Salvador las virtudes opuestas; y esto no es otra cosa entonces que un impulso imprevisto, y una invasion pasajera; pero que un Christiano perseverar en los desordenes de estas pasiones, y haya llegado á hacer un habito de cada una de ellas, sin escandalizarse de las máximas y exemplos de Jesu-Christo, es cosa imposible; es decir, que si vive en un estado permanente de sensualidad, de soberbia, ó de vanidad, no puede dexar de escandalizarse de la Cruz de Jesu-Christo y de sus humillaciones; y es la razon, porque en el que vive de este modo ha de haber algun principio habitual que pervierta su Fé, y corrompa sus costumbres, y este no puede ser otro sino aquel escándalo.

Concluamos, pues, diciendo con el mismo Hijo de Dios: Bienaventurado aquel, para quien el Autor de su salvacion no será motivo de escándalo. Y por una razon del todo opuesta diremos tambien: Desgraciado de aquel que

que se escandalizáre de la vida y acciones de su Redentor; porque este escándalo que formamos contra nuestro Dios, en nada puede perjudicarle, y solo para nosotros es pernicioso. Este es un Dios que de nadie depende: un Dios de gloria, é infinitamente superior á todas las criaturas, de manera que no puede recibir menoscabo ó agravio con vuestros escándalos. Escandalizémonos todo quanto se nos antoje de su doctrina y de su Religion, que sin embargo, á pesar nuestro, su doctrina subsistirá, y su Religion triunfará. Ella ha triunfado del escándalo de los Judios, y del de las Naciones Idólatras; ha triunfado del escándalo de los Sabios segun la carne, y del de los sencillos: del de los doctos, y del de los ignorantes; del de los Reyes, y del de los Pueblos; y finalmente ha triunfado del escándalo de toda la tierra. ¿Le será acaso mas difícil triunfar del nuestro? Creo que me confesaréis que no. Luego si este escándalo es funesto, solamente lo es para nosotros; y esto, porque con él escandalizámos al mismo Dios; y es la razon, amados oyentes míos, porque un escándalo proviene de otro; y así, si nos escandalizamos de nuestro Dios, este Señor se escandaliza de nosotros; pero con una diferencia tan esencial, como que nuestro escándalo es injusto, y el de Dios es justísimo; porque nosotros nada hallamos en nuestro Dios, que con razon pueda disgustarnos ó desagradarnos; ¿pero qué motivos no halla su justicia en nuestro escándalo, y en los vicios que con él vienen para irritarse y encenderse contra nosotros? ¿Y qué desdicha mayor, que escandalizarse Dios de nosotros, siendo cierto que este es el carácter y señal mas cierta de los réprobos?

En este punto, Dios mio, recorro á Vos, para que me permitais haceros aquí una súplica en nombre de todas las personas que me oyen. Una gracia muy comun es la que os pido, y si nos la concedéis, espero todas las ventajas y utilidades á beneficio de todo este Christiano auditorio. Señor, nunca nos abandonéis hasta el extremo de escandalizarnos de lo que habeis por nosotros padecido, y de las divinas instrucciones que nos habeis dado. Nosotros sabemos, que el libertinage del siglo nos lleva á este principio,

y que si Vos no nos preservais, insensiblemente nos hará llegar á esta especie de infidelidad. ¿Pero ó Dios mio! por esto mismo imploramos el socorro de vuestra gracia. Imprima en nuestros espíritus una estimacion grande de vuestros abatimientos y trabajos, como la tenia San Pablo quando trataba este asunto con expresiones tan sublimes, dando á entender que tenia en ella toda su gloria. Vos, Señor, fuisteis el que inmediatamente obraba en el corazon de este Apostol, para inspirarle aquellos tan grandes afectos. El era (lo diré aunque con temor y respeto) el que perseguia vuestra humildad y vuestra Cruz; pero repentinamente vino á adorarla, y vino á ser su mas fervoroso Predicador. Hacednos participantes de este zelo, y concedednos algun grado de este espíritu Apostólico, para que como es justo, veneremos hasta vuestras ignominias. Ah! ¿quánta será, Señor, vuestra magnificencia y vuestro esplendor en la celestial Patria, quando vuestros mismos oprobios han sido tan gloriosos en la tierra? ¿Qué será de nosotros, Salvador divino, quando algun dia hicieris que brillen nosotros vuestra gloria, si desde ahora debemos gloriaros con vuestros abatimientos? *Si opprobrium tuam gloria est, Domine Jesu, ¿quid erit gloria tua?* Estas dulces palabras, y estos tiernos afectos de San Ambrosio, son (amados oyentes míos) los que por ultimo os dexo encomendados. Para tener estos afectos basta ser Christianos; pero nadie lo podrá ser si no los tiene. A proporcion que se impriman y graven en vuestros corazones, se fortificará en vosotros la gracia y el espíritu de Christianos; pero tambien decaerá esta gracia y este espíritu á proporcion que se entibien aquellos afectos. Dexemos, hermanos míos, dexemos á los del siglo que sigan las máximas del mundo y sus vanidades; pero nosotros estrechémonos con la persona de nuestro amable Redentor. Demosle en estos dias que el mundo profana, mayores pruebas de nuestra fidelidad. Este es el único medio que hay para salvarnos, y toda nuestra esperanza está fundada en él; de forma, que si nos separamos de él, nos mira Dios como reprobados. Guardemos su doctrina, imitemos sus exemplos, sigamos y ve-

